

En el bicentenario de la Guerra de Independencia Calderón “olvida” el expansionismo y el intervencionismo norteamericanos

A Juan Pérez de Arze, Felipe Santiago Xicoténcatl, José Azueta y Félix U. Gómez, caídos bajo el fuego del enemigo norteamericano

Gerardo Peláez Ramos

La descomposición política del gobierno de Felipe Calderón Hinojosa es gigantesca y sin precedentes; ni siquiera los gobiernos de Antonio López de Santa Anna y de Victoriano Huerta pueden compararse con el calderonato y su antecesor inmediato, el sexenio del inepto Vicente Fox Quesada. Felipe Calderón los supera en proyanquismo, en abatimiento de la soberanía nacional y en seguidismo de los monopolios y administraciones gringos. Con sus posiciones y actitudes, FCH demuestra estar al servicio de la potencia al norte del río Bravo.

Para vergüenza de los mexicanos, de los miles de caídos en las intervenciones militares de Estados Unidos en México y de los chicanos expropiados por los capitalistas estadounidenses; de los países de América Latina víctimas de las agresiones de los yanquis; de los pueblos de Corea, Vietnam, Camboya, Afganistán e Irak masacrados por el imperialismo norteamericano, y de las amenazas usamericanas e israelíes en contra de Irán, Siria y Venezuela, Felipe Calderón vende la soberanía nacional por unos millones de dólares, al suscribir la llamada Iniciativa Mérida; rinde homenaje en el Cementerio Nacional de Arlington, en Virginia, EU, a los asesinos de mexicanos, e invita a desfilar en la capital federal a tropas yanquis con motivo del bicentenario del inicio de la Guerra de Independencia de México.

Es grande la desvergüenza de Calderón, porque no hay la menor duda de que Estados Unidos es el país campeón en el robo de territorios, el intervencionismo y el asesinato de mexicanos, latinoamericanos y asiáticos; en la destrucción del ambiente, la implantación de bloqueos ilegales y la imposición de tratados desiguales; en el impulso del terrorismo contra Cuba y Nicaragua, la creación de conflictos bélicos artificiales, el desarrollo de acciones violentas en contra de gobiernos defensores de su independencia y la promoción de dictaduras ultraderechistas; en el control del negocio del narcotráfico, y en el apoyo militar a las corporaciones multinacionales. El mejor ejemplo de estas prácticas es la historia de las relaciones yanqui-mexicanas.

Objetivos expansionistas

Los creadores de la gran frontera entre México y el Estado de los gabachos, fueron los franceses con la venta de la Luisiana y los colonialistas españoles con el tratado de venta de la Florida entre España y Estados Unidos, que entregó Oregón a los gringos, territorio que a su vez refrendaron como norteamericano los ingleses en la definición de la frontera con Canadá. (1)

En 1783, el conde de Aranda dirigió al rey Carlos III el siguiente dictamen: “Esta República Federativa ha nacido, digámoslo así, pigmea, porque la han formado y dado el ser dos potencias como son España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente. Mañana será gigante, conforme vaya consolidándose su constitución y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias y no pensará más que en su engrandecimiento”. (2)

Los objetivos de Estados Unidos eran claros desde el principio: dejar que España se debilitara, que creciera el movimiento independentista de las colonias latinoamericanas *sin meter las manos a su favor* y proceder, tan pronto las condiciones lo permitieran, a apoderarse

de territorios de México, Cuba, el Caribe y Centroamérica, para, de ser posible, dominar el continente entero. Escribía, a propósito, Luis de Onís, ministro plenipotenciario español en Washington, a Francisco Xavier Venegas, virrey de Nueva España: “Cada día se van desarrollando más y más las ideas ambiciosas de esta república, y confirmándose sus miras hostiles contra España. V. E. se haya (*sic*) enterado ya por mi correspondencia que este gobierno se ha propuesto nada menos que fijar sus límites en la embocadura del río Norte o Bravo, siguiendo su curso hasta el grado 31, y desde allí, tirando una línea recta, hasta el mar Pacífico, tomándose, por consiguiente, las provincias de Texas, Nueva Santander, Coahuila, Nuevo México y parte de la provincia de Nueva Vizcaya y la Sonora. Parecerá un delirio este proyecto a toda persona sensata; pero no es menos seguro que el proyecto existe, y que se ha levantado un plano expresamente de estas provincias por orden del gobierno, incluyendo también en dichos límites la isla de Cuba, como una pertenencia natural de la república”. (3)

Respecto a ese proceso expansionista de la potencia del norte, apuntaba Servando Teresa de Mier: “España --dice refiriéndose a los sucesos de 1820--, para contentarlos y que permanezcan indiferentes, les cedió el año pasado las Floridas, de que están ya en posesión, metiéndolos así en nuestro seno mexicano. Ya obtenían la Luisiana, que sin arreglo de límites regaló Carlos IV a Napoleón, y éste vendió a los angloamericanos. Con este país, tan vasto como la Nueva España, quedaron contiguos a nosotros, y Clairborne y el Misuri envuelven a nuestras fronteras internas de Oriente y Poniente, amenazando a absorbernos con su población que crece asombrosamente; al mismo tiempo que la guerra a muerte de los españoles desuela la nuestra, y su gobierno tiene tomadas mil medidas directas e indirectas para impedir su progreso. Todas estas cesiones son agravios nuestros, no sólo por los derechos de nuestras madres que todas fueron indias, sino por los pactos de nuestros padres los conquistadores (que todo lo ganaron a su cuenta y riesgo), con los reyes de España, que como consta en las Leyes de Indias, no pueden, por ningún motivo, para siempre jamás, enajenar la más mínima parte de América: y si lo hicieren, la donación es nula”. (4)

El caso de Texas

El pastor protestante William Elery Channing, jefe de la Iglesia Universal de los EU, señalaba acerca de la independencia texana: “...La primera causa grande fue el espíritu ilimitado, inmoral de especulación sobre tierras, que una presa tan tentadora como Texas inflamó fácilmente en multitudes de los Estados Unidos, donde toda clase de juego es un vicio demasiado común...” (5)

Más adelante, expresaba el mismo autor: “...Texas debe arrancarse al país a quien debe fidelidad, para que su suelo pase a manos de extranjeros estafadores y estafados. He aquí una explicación del celo desarrollado en los Estados Unidos a favor de la causa texana. Desde este país se ha dado el gran impulso a la revolución de Texas, y el principal motivo ha sido la sed insaciable de tierras texanas. Por todo nuestro país se ha extendido interés real o ficticio en aquel suelo. De manera que el celo general por la libertad, que ha movido y armado a tantos ciudadanos nuestros a pelear por Texas, resulta ser una acción por injusto pillaje.

“Paso a otra causa de la rebelión y esta fue el proyecto de abrir las puertas de Texas a los esclavos y sus señores. México, apenas sacudió el yugo español, dio un noble testimonio de su fidelidad a los principios libres, decretando que en lo sucesivo nadie nacería esclavo en los estados mexicanos, ni podría ser introducido en ellos como tal, y que todos los esclavos existentes entonces recibieran jornales estipulados y no estuvieran sujetos a castigo alguno, sino por sentencia de un juez...” (6)

Los filibusteros eran gente proveniente de Estados Unidos, avituallados por el gobierno norteamericano y organizados en bandas armadas al servicio de esta potencia extranjera. Decía Santa Anna: “...Los soldados de Travis en el Álamo, los de Fanning en el Perdido, los rifleros del Dr. Grant y el mismo Houston y sus tropas de San Jacinto, con pocas excepciones, es notorio que

vinieron de Nueva Orleans y otros puntos de la República vecina, exclusivamente para sostener la rebelión de Tejas, sin haber pertenecido antes a las empresas de colonización”. (7)

La leyenda negra del Álamo

De la derrota total que las tropas mexicanas les infligieron a los filibusteros esclavistas de EU en la fortaleza del Álamo y en todos los combates anteriores a San Jacinto, los gringos, que forman parte de los mayores tergiversadores de la historia en el mundo, (8) han construido un mito que han difundido, difunden y seguramente seguirán difundiendo por medio de películas, series televisivas, periódicos, revistas y libros. Es una historia a modo, elaborada por profesionales de la falsificación histórica y propagandistas de las acciones ilegales, intervencionistas y criminales de Estados Unidos a lo largo de su desarrollo como Estado.

Con sobrada razón, escribía un autor mexicano: “Matar prisioneros y rematar heridos no tiene justificación; pero sí explicación en el caso del Álamo, donde al soldado mexicano lo cegó el furor del combate contra insolentes aventureros alzados para despojar a su patria de una parte de su territorio. No fue la matanza del Álamo una matanza a sangre fría. Todo ocurrió en una hora y minutos, bajo el estruendo de los cañones, sin que las tropas mexicanas, que habían recorrido más de mil kilómetros para someter a los agresores, tuviesen un instante para reflexionar. Herían y mataban poseídos por la saña cegadora del que se ve injustamente agredido en su derecho, por un enemigo que tampoco tiene piedad”. (9)

Otro compatriota señalaba: “La conquista de Texas no fue obra de los tejanos, sino de los angloamericanos. Así lo reconoce francamente Lewis Nordyke, en su obra ‘*The Truth About Texas*’ (‘La verdad acerca de Texas’). ‘Si dijéramos --como lo hizo un ex residente de Kansas cuando fue electo gobernador de Texas-- que ni un solo tejano murió en El Álamo, nos mirarían con incredulidad hasta que comprendieran que cuando se registró el pequeño episodio de El Álamo, Texas era apenas una criatura chillona. La mayoría de los tejanos por nacimiento, estaban todavía chupándose los dedos’”. (10)

Más adelante, indicaba Trujillo: “Si la agitación de Texas era una misión confiada a Houston; si oficialmente el gobierno americano se declaraba ajeno a aquel movimiento, el hecho es que el plan de despojar a México de la provincia de Texas sacudía de entusiasmo a todo el país americano. Se celebraban reuniones y manifestaciones, se hacían colectas públicas y se reclutaban soldados. De Nueva York, Philadelphia, Boston, Nashville, Lexington, Natches, Nueva Orleans y otros muchos puntos, se enviaban a Texas hombres, dinero y provisiones. Muchos voluntarios emprendían el camino en pequeños grupos; pero en otras partes --Louisiana, Alabama, Missouri, Tennessee, Kentucky-- se formaban compañías completas. Como se ve, no fue la de Texas una sublevación local de veinte o treinta mil colonos, sino un movimiento militar en el que participaron todos los estados que entonces componían la Unión Americana”. (11)

Precisaba el ya citado historiador: “Esta síntesis de la batalla final, cuyos datos hemos tomado del libro de Tinkle, que los defensores de El Álamo murieron combatiendo, y no asesinados después de haberse rendido. No hubo rendidos ni supervivientes. El brillante y notablemente documentado historiador se ha encargado de borrar la leyenda negra que ha pretendido hacer hacer aparecer a los mexicanos como carniceros salvajes. Sin embargo, si hubiese habido supervivientes y éstos hubieran sido fusilados, aun sin formación de causa, las autoridades militares mexicanas hubieran quedado plenamente justificadas en obrar así, ya que los vencidos no eran soldados de otro país con el cual México estuviera en guerra, sino piratas como ellos mismos lo reconocían, según las declaraciones de Travis y de Houston arriba citadas”. (12)

William Barret Travis, James Bowie y David Crockett pertenecían a la escoria de la sociedad: peleoneros de cantina, asesinos y traficantes de esclavos, que la historiografía imperialista ha convertido en héroes y luchadores de la libertad. Tales héroes para semejantes delinquentes convictos de crímenes de guerra y genocidio, de manera intermitente desde 1846.

La guerra de rapiña de 1846-1848

“Una guerra de pillaje y deshonor en la que el Dios de los Cielos se olvidó de defender al débil y al inocente, en tanto que permitió que una poderosa banda de asesinos y demonios salidos del infierno mataran hombres, mujeres y niños, dejando la desolación y la ruina en la tierra del justo”

Abraham Lincoln

“Por lo que a mí mismo se refiere, me oponía resueltamente a esta medida, y aún hoy considero la guerra que de ella resultó, como una de las más injustas que haya empeñado jamás una nación fuerte contra una débil. Era el caso de una república siguiendo el mal ejemplo de las monarquías europeas, al no tener en cuenta la consideración de la justicia en sus deseos de adquirir mayor territorio”

Ulysses S. Grant

El primer historiador norteamericano de California, Hubert H. Bancroft, sostenía con claridad: “La guerra de los Estados Unidos contra México fue un negocio premeditado y determinado de antemano. Fue el resultado de un plan deliberado de asalto que el más fuerte organizó contra el más débil. Los altos puestos políticos eran ocupados en Washington por hombres sin principios. En esta categoría estaban los senadores y diputados. No hablemos del presidente ni de los miembros de su gabinete. Había, además, la gran horda de los demagogos y politicastros que se complacían en satisfacer los instintos de sus partidarios. Estos últimos eran los propietarios de esclavos, los contrabandistas y los asesinos de los indios, que con sus impías bocas manchadas de tabaco, juraban por los sagrados principios del 4 de julio que habían de extender el predominio angloamericano del Atlántico al Pacífico. Y esta gente, desposeída de las nociones de lo justo y de lo injusto, estaba dispuesta cínicamente a disponer de todo cuanto pudiese saquear, invocando para ello el principio único de la fuerza.

“México, pobre, débil y luchando por alcanzar un puesto entre las naciones, va a ser humillado, desmembrado, invadido y devastado por la brutalidad de su vecino del Norte. ¡Y éste es un pueblo cuyo mayor orgullo se cifra en su libertad cristiana y en sus antecedentes puritanos! Veremos cómo empezaron entonces los Estados Unidos a emplear toda su energía en descubrir pretextos plausibles para robar a un vecino más débil una vasta extensión territorial. ¿Y para qué? Para establecer allí la esclavitud”. (13)

Con esta guerra de rapiña de los expansionistas gringos, se definió en gran parte el futuro de EU, México y América Latina: “Para México la guerra resultó infructuosa en todos los órdenes. Además de haber perdido más de la mitad de su territorio, los lugares en que se realizaron las batallas, tanto en el campo como en la ciudad, sufrieron pérdidas incalculables. Sólo en el bombardeo realizado por los americanos en Veracruz, este puerto tuvo daños por más de cinco millones de dólares; a esto hay que sumar los daños en las poblaciones grandes y chicas, así como los pequeños villorrios y ranchos que verdaderamente eran arrasados por las tropas americanas, principalmente los voluntarios y las fuerzas texanas, quienes fuera del control de los principales mandos, desquitaban su odio contra la población civil y sus propiedades. Se calcula que las pérdidas en hombres del Ejército Mexicano fueron similares a las norteamericanas, aunque claro está, las bajas en general se supone fueron muy superiores;

entre ellas, las bajas por hospitalización fueron menos, pues el clima causaba muchas enfermedades, pero en menor escala que en los americanos”. (14)

México fue obligado a firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de 1848, que legalizó el mayor robo territorial de este continente. Como resultado de la guerra, México perdió California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah, y fracciones de Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma, a los que si se agrega Texas, abarcan más de 2,100,000 kilómetros cuadrados, lo que representó más de la mitad de su territorio a la sazón.

Sin negar las diferencias en el desarrollo económico y social de México y Estados Unidos, en el armamento de las tropas, en el avituallamiento en parque y otros implementos a los combatientes, en la capacidad de dirección de los ejércitos, y, algo que es preciso no olvidar, en la preparación política, económica, militar y psicológica para la resolución de las contradicciones mediante el uso de las armas, la guerra se perdió, asimismo, por la inexistencia de una fuerte conciencia nacional, retrasada por los interminables conflictos internos, el rol reaccionario y antinacional del clero católico, la oposición de la oligarquía a cambios indispensables, la división interna, el golpismo de la reacción, la no organización de la resistencia popular por parte del gobierno y el ejército mexicanos, la falta de organización e impulso a la creación y desarrollo de guerrillas populares en las zonas más pobladas y la incapacidad militar de Santa Anna y de gran parte del generalato y la oficialidad, así como la animosidad contra México algunos Estados europeos y el Vaticano, y, naturalmente, el trabajo de espionaje, corrupción y provocación organizado, dirigido y bien pagado por el enemigo yanqui. Mao Zedong, Zhu De, Josip Broz Tito, Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap y el Che Guevara han demostrado, en sus obras militares (15) y su acción, cómo un pueblo débil puede derrotar a las fuerzas armadas de un Estado más poderoso, si está organizado, dirigido y armado por una dirección patriótica adecuada, si toma las medidas necesarias y si golpea al enemigo en sus puntos más vulnerables.

En California, las tropas mexicanas, bien dirigidas, derrotaron a los gabachos de Kearney. Decía Valadés: “Engolosinado por la fácil ocupación de Nuevo México, y confiando en sus buenas armas marcha Kearney sobre el suelo californico, cuando al paso le salen los mexicanos que traen como jefe al general Andrés Pico. Éstos no portan otros instrumentos ofensivos que lanzas; pero encendidos por el patriotismo se arrojan, audazmente, sobre la columna de Kearney; y es tal su fiereza, que ponen en fuga a los norteamericanos, y persiguiéndoles han de causarle una derrota. Kearney mismo, y Gillespie también, resultan heridos en el ataque de aquellos esforzados mexicanos”. (16)

En la batalla de Monterrey, el 21 de septiembre de 1846, los caídos mexicanos y norteamericanos quedaron casi empatados. Las bajas nacionales fueron un jefe, cinco oficiales y 117 de tropa muertos, y dos jefes, 21 oficiales y 221 de tropa heridos y 63 de tropa dispersos; las bajas estadounidenses fueron 12 oficiales y 108 de tropa muertos, un jefe, 31 oficiales y 337 heridos, de acuerdo con los datos proporcionados por Leopoldo Martínez.

Escribe el ya citado investigador: “En muchas ocasiones, los ataques a los convoyes americanos se realizaron en forma coordinada entre los diferentes grupos que merodeaban en la zona de guerrillas. Por ejemplo, un convoy fue atacado desde su salida de Santa Fe hasta Loma Alta por la guerrilla de Manuel García; luego, entre Tolomé y Paso de Ovejas fue hostilizado por Juan Aburto, reforzado por Manuel García; después, en la cuesta de la Calera volvió a ser atacado por la guerrilla de José Juan Martínez; posteriormente, desde lo alto de Plan del Río fue atacado por el Cap. José Llorca. Generalmente, el Tte. Cor. Rebolledo llevó a cabo la coordinación de los ataques que se realizaban en su zona de acción”. (17)

Además de las guerrillas en el territorio que permaneció siendo mexicano, se produjeron levantamientos patrióticos en contra de la ocupación norteamericana en Texas, (18) Nuevo México y California (19).

La venta forzada de La Mesilla

Estados Unidos jamás respetó el Tratado de Guadalupe Hidalgo, por lo que Ángela Moyano Pahissa le dedica en su obra ya citada cinco capítulos a las violaciones norteamericanas a dicho tratado, en las que incluye cambios de la frontera, expulsión de mexicanos en California, repatriación de nacionales, tribus indígenas e invasiones filibusteras. Con base en el Destino manifiesto y sus supuestos designios “cristianos”, los gringos se creían con el derecho de apropiarse de territorios mexicanos como si éstos carecieran de dueño. El comportamiento de estos aventureros y ladrones era típico de expansionistas sin ley. Eran intervencionistas y saqueadores, como lo siguen siendo hoy.

El Tratado Gadsden o de *La Mesilla*, “resolvía tres cuestiones fundamentales: a) Anulaba la estipulación pactada en favor de México y a cargo de los Estados Unidos en el artículo XI del Tratado de Guadalupe Hidalgo, en virtud de la cual este gobierno cargaba con la obligación de vigilar y contener las incursiones de los indios bárbaros sobre la frontera mexicana; b) Cedía a los Estados Unidos el territorio de La Mesilla, limítrofe con Sonora y Chihuahua, a efecto de que, a su través, se diera paso al ferrocarril del río Grande al Pacífico; y c) Ajustaba definitivamente las reclamaciones que hasta ese momento, y en consecuencia del incumplimiento de la garantía pactada en el artículo XI del Tratado de Guadalupe, pudiera ejercer México en contra de los Estados Unidos”. (20)

Acerca de la venta forzada de La Mesilla, un territorio de 76,845 kilómetros cuadrados, Moyano plantea: “...A las protestas de México, Washington había llamado al gobernador Lane y reprochado su conducta. Las siguientes noticias, sin embargo, informan que el gobierno de los Estados Unidos de América ordenó al general Garland entrar con sus tropas al territorio de La Mesilla...” (21)

Las conclusiones a que llega un historiador mexicano acerca del tratado del 30 de diciembre de 1853, son: “a) Que la presión estadounidense se desató arrolladoramente con objeto de adquirir el territorio de La Mesilla; b) Que para alcanzar este objeto, y según era costumbre en la diplomacia norteamericana, exigía de más, para obtener las extensiones territoriales que se había propuesto; c) Que Santa Anna y su ministro Díez de Bonilla vendieron territorio nacional a los Estados Unidos; d) Que Santa Anna y su ministro Díez de Bonilla otorgaron a Norteamérica la servidumbre de paso por el istmo de Tehuantepec; e) Que esos dos personajes procuraron cubrir con el silencio la información que ineludiblemente debían a la nación sobre aquella venta y esa servidumbre, y f) Que el Tratado de 1853 tuvo entre nosotros validez de ley constitucional y todas las características de obligación internacional, pues consumó la venta del territorio de La Mesilla y dejó viva la servidumbre de Tehuantepec”. (22)

Tendría que ser el gobierno patriótico del general Lázaro Cárdenas el que liberara a México del tutelaje yanqui sobre el istmo de Tehuantepec, al firmarse un tratado en Washington el 13 de abril de 1937, que puso punto final a esa afrenta impuesta por los políticos bandoleros de Estados Unidos.

El filibusterismo gringo en el norte de México

La gran frontera mexicano-norteamericana, los desiertos y la poca población nacional en los estados septentrionales, así como la inestabilidad política en el país, permitieron a los gobiernos, aventureros y filibusteros yanquis organizar expediciones armadas con el propósito de robar territorios mexicanos, sobre todo en Baja California y Sonora. (23)

Para ilustrar el fenómeno del filibusterismo en el norte de México, basta con transcribir un texto sonoreense sobre *el último de los filibusteros*: “La expedición de Henry Alexander Crabb denominada “*The Arizona Colonization Company*”, era más bien una empresa bélica, ya

que sus elementos eran militares de lo más escogido. Arribaron a Sonora, supuestamente para establecerse bajo el amparo de las leyes de colonización, cuando la intención real era independizar el territorio. Ante esto, no había nada que hacer.

“El Gral. Ignacio Pesqueira, gobernador del Estado, movilizó contingentes armados para la defensa de Caborca, bajo la proclama de ¡Viva México! ¡Mueran los filibusteros! Los filibusteros iniciaron el ataque el día 6 de abril, continúan los escarceos, hasta las once de la noche del 6 de abril, cuando todo concluyó con la victoria de los mexicanos. La madrugada del 7 de abril (de 1857), Crabb y todos sus acompañantes fueron fusilados, con excepción de Charles Evans, un joven de 17 años”. (24)

La huelga de Cananea

La huelga de Cananea fue una importante lucha reivindicativa y antimperialista de los mineros sonorenses, en junio de 1906. Rafael Izábal, gobernador del estado de Sonora, se hizo acompañar de 20 hombres del 11er. Cuerpo de Rurales bajo el mando de Luis Medina Barrón; al pasar por villa Magdalena incorporó a 20 rurales y 30 agentes fiscales, con el teniente coronel Emilio Kosterlitski a la cabeza; luego viajó a Naco, Arizona, y después a Cananea, por la mañana del 2 de junio, acompañado de un grupo de gabachos armados, entre los que se encontraban 275 *rangers* jefaturados por el coronel Thomas Rynning. El delito de traición a la patria se configuró plenamente.

Los miembros del Partido Liberal Mexicano denunciaron la violación de la soberanía nacional, en tanto la tienda de raya, el banco, la fundición, la concentradora de metales y el domicilio del asesino gringo William Cornell Greene fueron ocupados por las fuerzas de matones de la compañía, empleados usamericanos armados y *rangers*.

En la tarde de ese día, los mineros efectuaron otra gran manifestación, con la intención de hablar con Izábal. Empero, no había disposición por parte de las autoridades y los empresarios de negociar y darle una salida política al conflicto. Se produjo una nueva agresión por parte de los *rangers* y los pistoleros de la burguesía. El combate se generalizó. Kosterlitski amagó a los mineros por la espalda. Los gringos cazaban trabajadores por las calles. De esta suerte, intervinieron en la represión antiobrera elementos militares y policíacos del Estado mexicano, *rangers* estadounidenses, empleados gringos y pistoleros al servicio de la compañía imperialista. El saldo fue de 23 muertos y 22 heridos. Los norteamericanos se regresaron, a las 10 de la noche, en el mismo tren en que habían arribado a la ciudad sonorenses. (25)

El gobierno de Francisco I. Madero

En uno de sus numerosos libros, Alfonso Taracena publica, entre otras, las citas que se transcriben: “El gobierno de Madero, durante toda su existencia, fue antiyanqui, y ni advertencias ni disimuladas orientaciones afectaron su incomprensible actitud” (Henry Lane Wilson); “El embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, encontró en Madero un carácter. Donde Porfirio Díaz y sus ministros decían sí a todo lo que pidiera el poderoso, Madero se alzaba sintiéndose presidente de un pueblo soberano” (José Vasconcelos), y “También manifesté al referido caballero (a lord Cowdray) que consideraba benéfica para México la acción de él de combatir el monopolio de la *Waters Pierce Oil Co.*, pues como lo he repetido varias veces, mi gobierno procurará combatir los monopolios” (Carta de Madero al Director de *Nueva Era*, 30-VIII-11). (26)

La intervención de Henry Lane Wilson en asuntos internos mexicanos, se dio a lo largo de la gestión maderista. En los mensajes a sus jefes de Washington, describía en forma exagerada la situación política en México y sugería como política la intervención militar del imperialismo

norteamericano. Para 1913 se vio envuelto en la Decena Trágica, al lado de los contrarrevolucionarios oligárquicos. El documento central de los golpistas, conocido con el significativo nombre de Pacto de la Embajada, establecía: “En la Ciudad de México, a las nueve y media de la noche del día dieciocho de febrero de mil novecientos trece, reunidos los señores generales Félix Díaz y Victoriano Huerta... que en virtud de ser insostenible la situación por parte del gobierno del señor Madero, para evitar más derramamiento de sangre y por sentimientos de fraternidad nacional, ha hecho prisionero a dicho señor, a su gabinete y a algunas otras personas...”

“Primero. Desde este momento se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba, comprometiéndose los elementos representados por los generales Díaz y Huerta a impedir por todos los medios cualquier intento para el restablecimiento de dicho poder.

“Segundo. A la mayor brevedad se procurará solucionar en los mejores términos legales posibles, la situación existente, y los señores generales Díaz y Huerta pondrán todos sus empeños a efecto de que el segundo asuma antes de setenta y dos horas, la presidencia provisional de la República...” (27)

En la misma fecha, Huerta escribió al borrachín que representaba a EU: “A S. E. el embajador americano. Presente.- El presidente de la República y sus ministros se encuentran actualmente en mi poder, en el Palacio Nacional, en calidad de prisioneros. Confío en que V. E. interpretará este acto como la mayor manifestación de patriotismo de un hombre que no tiene más ambiciones que servir a su país. Ruego a V. E. que se sirva aceptar este acto como uno que no tiene más objeto que el de restablecer la paz en la República, y asegurar los intereses de sus hijos y los de los extranjeros que nos han traído tantos beneficios. Presento a V. E. mis saludos, y con el más grande respeto le ruego que se sirva hacer llegar el contenido de esta nota a la atención de Su Excelencia el presidente Taft. También ruego a usted que transmita esta información a las varias misiones diplomáticas de la ciudad. Si Su Excelencia quiere hacerme el honor de enviar esta información a los rebeldes de la ciudadela, vería yo en este acto un motivo más de gratitud de parte del pueblo de esta República y de la mía propia, hacia usted y el siempre glorioso pueblo de los Estados Unidos. Con todo respeto, soy de V. E. obediente servidor.- (Firmado) V. Huerta, General en Jefe del Ejército de Operaciones y Comandante Militar de la Ciudad de México.- México, febrero 18 de 1913”. (28)

Obligados por los golpistas, el 19 de febrero renunciaron a la presidencia y a la vicepresidencia de la República, Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, respectivamente. El 22 de ese mes, serían brutalmente asesinados, pese a la promesa de respetarles la vida.

En esos graves acontecimientos de la historia nacional, el rol del embajador dipsómano de EU fue crucial: participó en la organización, dirección y ejecución del golpe de Estado de la reacción oligárquica, y buscó que el gobierno de Taft reconociera al gobierno de Victoriano Huerta. Por todo ello, Estados Unidos es corresponsable del golpe de Estado y del asesinato de Madero y Pino Suárez.

La invasión de Veracruz en 1914

Bajo el pretexto de que unos marinos gringos –violadores de las disposiciones de la Comandancia Militar huertista-- habían sido detenidos por militares mexicanos en el puerto de Tampico, el gobierno estadounidense desató una gran alharaca, planteó exigencias demenciales y realizó una intervención criminal en suelo mexicano. Luis G. Zorrilla desenmascara en unas cuantas líneas el incidente de Tampico, al escribir: “...aunque habían estado cargando gasolina para un bote en un muelle cuyo uso estaba prohibido dado el estado de emergencia del puerto... lo que calificó Wilson como una de las humoradas de la situación y así era en efecto porque no se quería resolver un conflicto sino crearlo...” (29)

De acuerdo con Andrea Martínez: “El puerto de Veracruz únicamente contaba con dos regimientos de infantería, bajo el mando del comandante militar de la plaza, general Gustavo A. Mass, sobrino de Huerta. La mañana del 21 de abril, la marina norteamericana desembarcó una fuerza expedicionaria compuesta por dos batallones de marineros, los guardias navales de los barcos de guerra (un tipo de *marines*) y un batallón propiamente de *marines*, embarcado en el transporte *Prairie*: 600 u 800 hombres, según fuentes confiables. Este primer desembarco fue reforzado el mismo día por otro batallón de *marines* del regimiento del coronel Lejeune, proveniente de Tampico, junto con los guardias de los buques de la Flota Atlántica y otros batallones de marineros. En cuatro días se encontraban en Veracruz 2,469 *marines* y 3,960 marineros.

“Esta descomunal fuerza de desembarco era sostenida por la presencia de alrededor de cuarenta buques de guerra de la Escuadra Norteamericana del Atlántico, entre los cuales se encontraban los acorazados más poderosos del mundo en ese momento, como el Florida; los que entraron en la bahía bombardearon los focos de resistencia de la ciudad. Además, la marina norteamericana estrenó en Veracruz sus primeros hidroaviones, que volaron sobre la ciudad en misión de reconocimiento aproximadamente cinco días después de la ocupación, en los que fueron los primeros vuelos efectuados por aviadores navales norteamericanos sobre territorio hostil”. (30)

“Los buques de guerra pertenecientes a la escuadra de los Estados Unidos que hicieron alarde de fuerza en los puertos de Tampico y Veracruz son los que siguen, según lista oficial dada por el departamento de Marina estadounidense:

“Buques en Tampico: Connecticut, Minnesota, Chester, Des Moines, Dolphin, Transporte Hancock, Utah; en Veracruz: Florida, Prairie, San Francisco. En camino a Tampico: Arkansas, South Carolina, Michigan, Gellic, Tacoma, Culgoa, Solaca, Brutus. Listos para salir para el Atlántico: Rhode Island, Nebraska, Virginia, Georgia, Delaware, Kansas, Ohio, New York y Texas, más dos divisiones de torpederos, y diecisiete buques. Buques en el Pacífico: California, Glacier, Annapolis, Justin, New Orleans. Rumbo al Pacífico: Cleveland, Chatanooga, Júpiter. Listos para salir para el Pacífico: Maryland, Pittsburgh, Virginia, Charleston, Colorado y South Dakota. Haciendo un total de sesenta y cinco buques, seiscientos noventa y cinco cañones y veintinueve mil cuatrocientos setenta y tres hombres”. (31)

Reunidos el 22 de abril, un día después de iniciada la agresión, los criminales de guerra y asesinos de EU tomaron el acuerdo que estipulaba: “El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidas en Congreso resuelven, que está justificado el uso, por el Presidente, de las fuerzas armadas de los Estados Unidos para hacer efectiva su demanda de inequívoca reparación por ciertas afrentas e indignidades cometidas contra los Estados Unidos.

“Resuelven también que los Estados Unidos protestan no abrigar hostilidad alguna contra el pueblo mexicano, ni el propósito de hacer la guerra a México”. (32)

Con la invasión de Veracruz, los yanquis obtuvieron algo que decían repudiar: las ofensas (“afrentas e indignidades”) en masa de los mexicanos contra el bandidaje imperialista. El más importante anarquista mexicano, informaba: “Cuando se supo en la ciudad de México la actitud tomada por los americanos, se produjo una gran excitación popular. La estatua de Washington fue derribada de su pedestal; las banderas americanas que decoraban tiendas y edificios de propiedad americana, fueron arrojadas por el suelo y pisoteadas con la mayor indignación; el Club Americano fue entregado a las llamas; los hoteles de americanos fueron visitados por muchedumbres que destrozaban cuanto encontraban a la mano: cristales, muebles, tapices. Las multitudes recorrían las calles de la ciudad en actitud de protesta contra la invasión norteamericana; los mítines se multiplicaban en la ciudad, pronunciándose en ellos discursos fogosísimos”. (33)

“La soldadesca (yanqui) no se conformaba con investigar, sino que con pretexto de buscar armas, inutilizaba los muebles y robaba los objetos de valor que a su mano encontraba”. (34)

Pero la oposición a la intervención militar en Veracruz no se dio sólo en México, sino en EU, AL y Europa. Sostenía Arthur S. Link: “...Más aún, durante la semana que siguió a la acción de Veracruz llovieron sobre la Casa Blanca peticiones rogando al Presidente que no permitiera que el incidente se convirtiese en hostilidades en gran escala. Los firmaban consejos eclesiásticos, sociedades pacifistas y antimperialistas, grupos laboristas y socialistas y líderes de todas las actividades sociales...” (35)

Fuera de EU, la oposición a la intervención era mucho mayor a la que se daba en el interior. “Ni pudo Wilson desatender el estallido de la opinión en el extranjero, la cual ante todo era más condenatoria que la opinión en el país. Hubo manifestaciones y motines antinorteamericanos en San José, Costa Rica; Rodeo, Guatemala; Santiago de Chile; Guayaquil y Quito en el Ecuador; y en Montevideo, Uruguay, y Buenos Aires los motines fueron evitados sólo gracias a la enérgica acción de la policía. Había además cargos indignados en toda la América Latina en el sentido de que la acción en Veracruz señalaba el comienzo de un rapaz imperialismo yanqui en México... Por toda Europa, además, los periodistas liberales condenaron a Wilson por hacer la guerra por ‘cuestiones de puntillo’, en tanto que toda la prensa reaccionaria antinorteamericana gozó de un día de fiesta castigando la pretendida hipocresía de Wilson y el imperialismo norteamericano...” (36)

Para salir del embrollo, Wilson “solicitó” los buenos oficios de los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile para resolver el conflicto. Se desarrollaron, pues, las conferencias del Niágara, en Canadá. Como los integrantes del ABC se querían inmiscuir en la política interna de México, Venustiano Carranza, en forma correcta, no dejó margen para duda alguna en cuanto al objetivo de las conferencias, y esclareció a los representantes sudamericanos: “Pretenden ustedes, señores, discutir nuestros asuntos internos tales como la cesación de hostilidades y movimientos militares, entre el usurpador Huerta y el ejército constitucionalista, la cuestión agraria, la designación del presidente provisional de esta República, y otros más. Ante esta pretensión ajena al objetivo primordial de las conferencias, cumple a un deber de primer jefe del ejército constitucionalista, declarar que se incurre en grave error al intentar solucionar problemas de gran trascendencia del pueblo mexicano, que sólo a los mexicanos corresponde resolver por el indiscutible derecho de soberanía. Además, señores, me permito con la debida atención expresarles que estos actos resultan no de buenos oficios, sino de mediación, de arbitraje y hasta de intervención que nosotros no habíamos aceptado, por ello doy por terminado este incidente diplomático”. (37)

Ante el avance de la Revolución constitucionalista en todo el territorio patrio, Victoriano Huerta presentó, el 15 de julio de 1914, su renuncia a la presidencia provisional de la República. (38) Empero, no obstante que la supuesta causa de la intervención había desaparecido con la debelación del general apodado *El Chacal*, los imperialistas usamericanos siguieron ocupando Veracruz y se negaron a entregar la plaza. El 15 de septiembre, el genocida y gángster internacional Woodrow Wilson ofreció entregar el puerto, pero luego los yanquis volvieron a poner pretextos y permanecieron en Veracruz hasta el 23 de noviembre, fecha en que, por fin, se largaron con sus bastimentos y soldadesca a las tierras al norte del río Bravo.

Conforme a una estudiosa mexicana especialista en las relaciones México-EU, el imperialista Woodrow Wilson obtuvo los “logros” que se citan a continuación: “A pesar, pues, de su doctrina “moralista” y de sus repetidas declaraciones de amistad al pueblo mexicano, Wilson llevó a cabo la ocupación de Veracruz sin lograr nada de lo que se propuso. La reacción inmediata de los mexicanos fue unirse contra Estados Unidos, Huerta rompió relaciones con aquel país, no renunció a la presidencia ni saludó la bandera norteamericana, recibió las armas que traía el “Ipiranga” el 27 de mayo por Puerto México y otras más que transportaron barcos

alemanes y que aparentemente se remitían de Nueva York a Hamburgo. Wilson hizo el ridículo a los ojos del mundo al provocar una guerra por una cuestión absurda de honor, sin contar con que en su propio país no había gran entusiasmo por ella, puesto que no era fácil hacer una distinción entre Huerta y los mexicanos. Para el mismo Wilson la ocupación de Veracruz fue un callejón sin salida, e intentó salir solicitando la mediación de Argentina, Brasil y Chile que se haría en unas conferencias en territorio neutral, Niagara Falls, Canadá”. (39)

Cabe precisar que el objetivo central del imperialismo norteamericano, con la ocupación de Veracruz, era *el establecimiento de un protectorado en México*, objetivo que repudiaron tanto *El Chacal* como Venustiano Carranza. En consecuencia, puede sostenerse con absoluta certeza que la invasión de Veracruz fue un total fracaso. Un autor soviético señalaba como consecuencias de la invasión: “Pero esta intervención armada de los imperialistas norteamericanos no hizo más que recrudecer la guerra civil y fomentó la ampliación de los ánimos antiimperialistas”. (40) Y un científico norteamericano de origen bielorruso, concluía: “Esta acción despertó una cólera tremenda en toda América Latina, pues parecía un caso de arrogancia imperialista norteamericana... y lo era...” (41)

La expedición punitiva

Entre marzo de 1916 y febrero de 1917, el gobierno de Estados Unidos, con Woodrow Wilson como presidente, realizó una intervención militar en México, conocida como Expedición Punitiva, dizque para perseguir a Francisco Villa, apresarlo y liquidarlo. Los objetivos reales eran otros: sabotear e impedir la promulgación de leyes sobre materia petrolera, agraria, laboral y religiosa. Naturalmente, estos objetivos sólo los pusieron al descubierto el patriotismo mexicano y el movimiento obrero estadounidense.

En repudio al reconocimiento del gobierno de Venustiano Carranza por la administración wilsoniana, Pancho Villa atacó con 360 hombres el 9 de marzo de 1916 la población de Columbus, Nuevo México. Durante la incursión prendieron fuego a varias casas, saquearon algunas tiendas, sustrajeron dinero del banco y de la oficina de correos y telégrafos, combatieron con la guarnición de la plaza y mataron ocho soldados y otro número igual de civiles. Cayeron muertos, heridos y prisioneros algunas decenas de villistas.

El asalto de Villa dio el pretexto al imperialismo norteamericano para intervenir en México, bajo la dirección del general John J. Pershing, apodado *Black Jack*, el mismo que comandaría el cuerpo expedicionario norteamericano en la I Guerra Mundial. Esta fuerza invasora tuvo como características centrales, en cuanto a armas y equipos, ser la última acción importante del ejército gringo en que se utilizó ampliamente la caballería y la primera en utilizar aviones y camiones. Las tropas yanquis cruzaron la frontera por Palomas y Ciudad Juárez, Chihuahua, inicialmente con alrededor de 5 mil oficiales y soldados. Posteriormente, estos contingentes fueron aumentados y llegó un momento en que eran alrededor de 20 mil los participantes en la intervención.

El gobierno de Carranza protestó por la intervención, e hizo los preparativos para hacerle frente tanto en el terreno militar como en el político y el diplomático. En la Ciudad de México y otras poblaciones, el pueblo celebró manifestaciones y mítines de repudio a la agresión usamericana. El 12 de marzo, el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista lanzó un manifiesto al pueblo mexicano, publicado en *La Opinión*, de Querétaro, en el cual planteaba que no permitiría la entrada de tropas extranjeras a territorio nacional, y que si ésta se producía “el pueblo mexicano sabrá cumplir con honor su deber, sin reparar en los sacrificios por los que haya que pasar, para defender sus derechos y la soberanía de México”. (42)

La administración carrancista reaccionó en forma rápida, y nombró al general Álvaro Obregón como secretario de Guerra y Marina, y al general Cándido Aguilar como secretario de Relaciones Exteriores.

En San Isidro, Chihuahua, se enfrentaron, el 29 de marzo, guerrilleros villistas y fuerzas norteamericanas, de las 11:00 a las 16:00 horas. Los gringos tuvieron 93 muertos y 34 heridos, además de dejar 110 fusiles máuser. El 3 de abril se produjo un combate en Aguacaliente, Chihuahua, entre norteamericanos y seguidores de Pancho Villa, entre las 4:00 y las 17:00 horas. Los invasores tuvieron 108 bajas. (43)

En Parral se escenificaron importantes acontecimientos el 12 de abril. Las tropas usamericanas penetraron a la ciudad, y grande fue su sorpresa cuando contemplaron a las masas, iracundas, encabezadas por la señorita Elisa Griense, llenándolos de improperios, y señalándoles el camino para que abandonaran inmediatamente la población. Los hombres, las mujeres y hasta los niños recorrían las calles en demanda de armas y municiones para arrojar de allí a los invasores. Entonces la población enfurecida se arrojó sobre la guardia del cuartel, se apoderó de los fusiles colocados en el armero, y se abalanzó sobre la columna de soldados norteamericanos, al grito de ¡Viva Villa!, ¡Viva México! El pueblo persiguió a la columna invasora hasta Santa Cruz de Villegas, hiriendo y matando a los soldados de Estados Unidos. (44)

El oficial norteamericano Robert L. Twye fue atacado, el 13 de abril, por el coronel villista Acosta. Hubo muertos y heridos de la Expedición Punitiva. El día 18, los villistas repelieron a los gringos, que sufrieron 124 bajas, en Puerto de Varas, Chihuahua. El 22 de abril, el coronel Jorge H. Dodd atacó a Tomóchic defendido por Miguel Baca Valles y Domínguez, cuyas fuerzas le hicieron ocho muertos y seis heridos. (45)

Sin embargo, la guerra no se declaró y se iniciaron tratativas. Entre el 29 de abril y el 11 de mayo, se celebraron conferencias en El Paso, Texas, y Ciudad Juárez, Chihuahua, entre los generales Álvaro Obregón y Jacinto B. Treviño, por México, y los generales Frederick Funston y Hugh L. Scott, por Estados Unidos, para tratar sobre la retirada de las tropas de la Expedición Punitiva. Los representantes yanquis querían incluir en la agenda temas que no estaban vinculados con la salida de sus tropas, con la intención de intervenir en los asuntos internos nacionales. Las negociaciones fracasaron y no se acordó la retirada inmediata de las tropas expedicionarias.

Elementos no identificados, a quienes los gringos acusaban de estar avituallados y asesorados por generales mexicanos, asaltaron, el 5 de mayo, Glenn Springs, distrito de Big Ben, Texas, por lo cual murieron varios ciudadanos yanquis, incluidos algunos militares. El gobierno gringo se aprovechó de este incidente para incrementar el número de tropas de la Expedición Punitiva. Ocurrieron otros asaltos en la línea fronteriza entre los estados de Chihuahua y Tamaulipas con Texas. Muchos de ellos impulsados o permitidos por las autoridades usamericanas, con el objeto de agudizar las contradicciones entre ambos países.

En junio los villistas tuvieron enfrentamientos con las tropas yanquis en Rincón de la Serna, Salitrera y otras poblaciones de Chihuahua, mientras en Tamaulipas los generales Emiliano P. Nafarrete y Alfredo Ricaut distribuían rifles, pistolas y parque a hombres, adolescentes y mujeres, que llegaron a ser más de 1,500 bajo las órdenes del ejército mexicano. Cerca de 200 rancheros, con caballada y armas, se pusieron a disposición de las fuerzas armadas mexicanas. Del territorio norteamericano volvieron mexicanos para ofrecer sus servicios a los generales y jefes militares de México. En esas condiciones, no fue difícil rechazar las incursiones de las tropas gringas cuando se aventuraron a traspasar la frontera. En la reserva, había más de 500 hombres desarmados pero organizados militarmente. (46)

Woodrow Wilson declaró, el 1 de junio de 1916, que no tenía intenciones de retirar la Expedición Punitiva. En respuesta, Carranza decidió ejercer presión directa sobre las tropas

gringas. El 16 de junio, el general John J. Pershing recibió una nota en la que se le informaba que todo movimiento de sus tropas, salvo en dirección al norte, tropezaría con resistencia y que el ejército mexicano atacaría. El general gringo hizo caso omiso de la advertencia del gobierno constitucionalista y se produjo un choque franco entre tropas norteamericanas y mexicanas en El carrizal, Chihuahua, el 21 de junio. Fue éste el incidente más grave desde la incursión de Villa y amenazó con provocar el temidísimo estallido de la guerra entre México y la potencia del norte. (47)

Los yanquis tuvieron 12 muertos y 22 prisioneros. El botín de guerra recogido al enemigo, incluía: treinta y un fusiles máuser, tres mil cartuchos máuser 8 mm., treinta y un caballos ensillados y un aparejo. La derrota de los expedicionarios de Estados Unidos, en este combate, fue completa y abandonaron el campo de batalla corriendo como venados. (48)

La posibilidad de que se declarara la guerra formal, señala una historiadora mexicana, fue muy seria y el gobierno mexicano propuso que se dilucidara el problema internacional por medio de unas conferencias entre comisionados de ambos gobiernos. Las conferencias se iniciaron el 6 de septiembre y tuvieron lugar en las poblaciones norteamericanas de New London, Atlantic City y Filadelfia, (49) entre Luis Cabrera, Alberto J. Pani e Ignacio Bonillas, por México, y Franklin K. Lane, George Gray y John R. Mott, por Estados Unidos. No se logró la salida inmediata de la Expedición Punitiva, pero se impidió que el gobierno norteamericano se arrogara el derecho de representar a empresas y gobiernos extranjeros, a definir qué hacer en materia de propiedad y religión, esto es, a “cubanizar” México, al estilo de la enmienda Platt. Con gran desparpajo, los delegados yanquis llegaron a proponer: “...pasemos a la consideración de estos tres puntos: 1º Protección de las vidas y propiedades de los extranjeros en México. 2º Establecimiento de una Comisión de Reclamaciones. 3º Tolerancia religiosa...” (50) Las conferencias terminaron el 15 de enero de 1917.

En ciertos momentos, los comisionados gringos amenazaron con la guerra a los representantes mexicanos.

Entretanto, las fuerzas de Pancho Villa, escribe su principal biógrafo, no sólo no fueron decisivamente derrotadas ni dispersadas por la expedición de Pershing, sino que aumentaron en forma fenomenal mientras los norteamericanos permanecieron en suelo mexicano. Villa se convirtió en el símbolo de la resistencia nacional contra los invasores extranjeros y su popularidad aumentó vertiginosamente. (51) El Centauro del Norte se recuperó de las derrotas que le había infligido Álvaro Obregón y fue capaz de ocupar plazas muy importantes en Chihuahua y Coahuila.

La intervención norteamericana perseguía como objetivos: impedir la aprobación de los artículos patrióticos de la Constitución General de la República, en especial del 27 que afectaba y afecta la propiedad de tierras, minas y petróleo; arrogarse el privilegio de representar a empresas norteamericanas y de otros países, así como de gobiernos extranjeros; permitir la intervención estadounidense en toda la frontera sin permiso del Estado mexicano; intervenir en asuntos de religión, y otros de exclusiva competencia de las autoridades y ciudadanos mexicanos. En esto no prosperaron sus objetivos.

La proximidad de la participación de Estados Unidos en la I Guerra Mundial y el aislamiento de la política wilsoniana, obligaron a dar término a la intervención en México. El 5 de febrero de 1917, el gobierno de Washington reconoció al de México como gobierno de iure. Los últimos elementos de la retaguardia de las tropas que integraban la Expedición Punitiva abandonaron tierras de Chihuahua y se internaron en territorio norteamericano. Terminó, así, la intervención militar de Estados Unidos en México. (52)

Como puede observarse, en este breve escrito no se abordan algunos temas de gran interés, como las amenazas militares, la militarización de la frontera, la violación de la línea fronteriza por soldados y policías, el asesinato de mexicanos, los bloqueos navales en contra de

puertos mexicanos y otras medidas intervencionistas e injerencistas de los gobiernos gringos. Mas, como es evidente, en las últimas décadas, con la implantación en nuestro país del proyecto y el programa neoliberales, la dependencia de México frente a la potencia norteamericana se ha agudizado en forma extrema: desnacionalización y privatización de importantes empresas paraestatales; extranjerización de la banca; firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte; colaboración descarada del Ejército, la Armada y los órganos de seguridad de México y EU; firma de la Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte; firma de la Iniciativa Mérida, y relaciones comerciales, gravemente crecientes, de México y su vecino del norte.

Los gobernantes neoliberales dicen que los monopolios y gobiernos de Estados Unidos son sus amigos, aliados y socios, pero esos contrapachos de Calderón decretan leyes que criminalizan a los trabajadores indocumentados; realizan redadas en contra de los trabajadores migratorios con métodos y medios propios de los fascistas, falangistas y nazis; ejecutan a cientos de mexicanos y latinoamericanos en esa parodia que es la justicia gringa; presionan para imponer a México, Colombia y Centroamérica políticas “antinarco” que militarizan la sociedad, criminalizan los movimientos sociales, ponen bajo control yanqui a las fuerzas armadas y los órganos de seguridad pública, asesinan a miles de ciudadanos, adolescentes y niños que nada tienen que ver con el narcotráfico y el crimen organizado, descomponen la vida pública y crean un orden signado por la ilegalidad y la inconstitucionalidad; mientras en EU el consumo de drogas continúa viento en popa, el lavado de dinero se realiza por decenas de miles de millones de dólares anuales y los capos gabachos del crimen organizado y el narcotráfico, de hecho, nunca son molestados. Tal es la situación. En esta forma, quienes se llevan las ganancias de tan reductible actividad son los gringos, en tanto que los mexicanos, latinoamericanos y caribeños ponen los muertos y la descomposición de sus sociedades.

De cara a esta situación, el movimiento obrero y popular, la izquierda política y la intelectualidad avanzada requieren elaborar y aplicar una política que fortalezca la independencia y la soberanía nacionales frente al imperialismo norteamericano, que amplíe y desarrolle la amistad con los pueblos hermanos de América Latina y el Caribe, y que fortalezca las relaciones de México, AL y el Caribe con los Estados y naciones de Asia y África que combaten, en diversas formas, el hegemonismo, el injerencismo y el belicismo de los monopolios y gobiernos de EU y la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

Notas

(1) Véase Manuel Fernández de Velasco, *Las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos. Don Luis de Onís y el Tratado Transcontinental de la Florida 1809-1819*, México, FFL UNAM, 1965, y Philip Coolidge Brooks, *El Tratado Adams-Onís en 1819. Diplomacia y fronteras entre España y Estados Unidos*, trad. de Ignacio Rubio Mañé, México, Ed. Libros de M., 1987.

(2) Álvaro Matute, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1984, p. 384.

(3) Alberto María Carreño, *La diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos. 1789-1947*, vol. I, México, Ed. Jus, 2ª ed., p. 125.

(4) Gastón García Cantú, *La invasiones norteamericanas en México*, México, SEP-Era, 1986, pp. 25-26.

(5) Julio Luelmo, *Los antiesclavistas norteamericanos, la cuestión de Texas y la guerra con México*, México, SEP, 1947, pp. 64-65.

(6) Julio Luelmo, *Los antiesclavistas...* pp. 66-67.

- (7) Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, ed. de Genaro Salinas, pról. de Carmen Vázquez Mantecón, México, UAM, 1983, p. 26.
- (8) Así, en los churros intitulados *El Álamo*, de 1960 y de 2004, estelarizados respectivamente por John Wayne y Dennis Quaid, se presenta al Ejército mexicano vestido con uniformes nuevecitos y muy limpios, con armas brillantes y último modelo, además de practicar una crueldad semejante a la de los nazis, en tanto que los "texanos" realizan acciones dignas de combatientes chinos del VIII Ejército de Ruta y el Nuevo 4º Ejército en la guerra nacional antijaponesa. Es el mito creado, recreado y difundido por esa fábrica de leyendas y mentiras: Hollywood.
- (9) Alfonso Trueba, *Santa Anna*, México, Ed. Jus, 4ª ed., 1980, p. 74.
- (10) Rafael Trujillo, *Olvidate de "El Álamo". Ensayo histórico*, México, Populibros La Prensa, 1965, p. 121.
- (11) Rafael Trujillo, *Olvidate de...* pp. 131-132
- (12) Rafael Trujillo, *Olvidate de...* p. 202
- (13) Manuel Medina Castro, *El gran despojo (Texas, Nuevo México, California)*, México, Ed. Diógenes, 4ª ed., 1980, p. 70.
- (14) Leopoldo Martínez C., *La intervención norteamericana en México. 1846-1848*, México, Panorama Ed., 3ª ed., 1985, p. 213.
- (15) Ver Mao Tse-tung, "Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón" y "Sobre la guerra prolongada", en *Obras escogidas de...*, t. II, Pekín, ELE, 1968; Zhu De, "Sobre la guerra de guerrillas contra el Japón", en *Obras escogidas de...*, Beijing, ELE, 1986, y Vo Nguyen Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, pról. de Ernesto Che Guevara, La Habana, Ed. Política, 1964.
- (16) José C. Valadés, *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos*, México, Diana, 2ª ed., 1980, p. 127.
- (17) Leopoldo Martínez C., *La intervención...* p. 224.
- (18) Paul D. Lack, "Los tejanos leales a México del Este de Texas, 1838-1839", en *Historia mexicana*, vol. XLII, núm. 4, 1993.
- (19) Ver capítulos V y VI de Ángela Moyano Pahissa, *México y Estados Unidos: orígenes de una relación, 1819-1851*, México, SEP, 1ª ed., 1987.
- (20) José Fuentes Mares, *Juárez y los Estados Unidos*, México, Jus, 1972, p. 33.
- (21) A. M. Pahissa, *Ibid.*, p. 245.
- (22) Manuel González Ramírez, *El codiciado istmo de Tehuantepec*, México, Col. Metropolitana, 1973, pp. 80-81.
- (23) Los interesados en este fenómeno, pueden leer de Beatriz E. Zamorano N., *Filibusteros norteamericanos en México (1850-1860)*, México, tesis, FFL UNAM, 1987, y de Ana R. Suárez Argüello, "El interés expansionista norteamericano en Sonora", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, UNAM IHH, vol. 11, 1988.
- (24) Fuente: Enciclopedia Sonora en tus Manos.
enciclopedia.sonora.gob.mx/Default.asp?Page=112.
- (25) Gerardo Peláez Ramos, "1906: la huelga de Cananea", en los portales Rebanadas de Realidad, La Haine, Rebelión, Alejandría Revolucionaria, La Unidad de Morelos, Partido de los Comunistas y otros.
- (26) Alfonso Taracena, *Madero, víctima del imperialismo yanqui*, México, Ed. Jus, 2ª ed., 1973, p. 7.
- (27) Manuel Bonilla Jr., *El régimen maderista*, México, Tall. Linotip. de *El Universal*, 1922, pp. 86-87.
- (28) Ana María Rosa Carreón y Arias Maldonado, *La intervención americana en Veracruz*, México, tesis, FFL UNAM, 1964, pp. 14-15.
- (29) Luis G. Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958*, t. 2, México, Ed. Porrúa, 2ª ed., 1977, pp. 256-257.

- (30) Andrea Martínez, *La intervención norteamericana. Veracruz, 1914*, México, Cult./SEP, 1982, p. 18.
- (31) Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución mexicana*, t. I, Toluca, Inst. Mex. de Cult., 1994, p. 400).
- (32) Jorge Vera Estañol, *La Revolución mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957, p. 358.
- (33) Ricardo Flores Magón, “La guerra en México y los Estados Unidos”, en *1914: la intervención americana en México*, México, Ed. Antorcha, 2ª ed., 1982, p. 18
- (34) Justino N. Palomares, *La invasión yanqui en 1914*, pról. de Juan Sánchez Azcona, México, 1940, p. 41.
- (35) Arthur S. Link, *La política de Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*, trad. de Fernando de Rosenzweig, México – Buenos Aires, FCE, 1960, p. 103.
- (36) A. S. Link, *La política de...*, p. 104.
- (37) Fernando Serrano Migallón, *Isidro Fabela y la diplomacia mexicana*, México, SEP/80 FCE, 1981, pp. 50-51.
- (38) Gustavo Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana 1900-1960*, t. II, México, Trillas, 2ª reimp., 1964, p. 810.
- (39) Berta Ulloa, *Historia de México. Etapa nacional. La lucha armada (1911-1920)*, México, SEP, CONAFE, CNIE, Ed. Patria, 1976, pp. 81-82.
- (40) V. Ermolaev, “México de 1870 a 1917”, en *Ensayos de historia de México*, trad. de Armando Martínez V., México, ECP, 3ª ed., 1974, p. 91.
- (41) Isaac Asimov, *Los Estados Unidos de la guerra civil a la Primera Guerra Mundial*, trad. de Néstor Míguez, Madrid, Alianza Ed., 2ª reimpr., 1990, p. 241.
- (42) Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Cuarta etapa (1915 a 1916)*, México, Ed. Jus, 2ª ed., 1973, p. 170.
- (43) Datos proporcionados por Alfonso Taracena, en su obra antes citada.
- (44) El párrafo anterior es casi textual de la obra de Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución*, México, Com. Nal. para la Celebr. del 175 aniv. de la Ind. Nal. y 75 aniv. de la Rev. mex., 1985, pp. 215-216.
- (45) Datos de A. Taracena.
- (46) Véase *Labor internacional de la Revolución constitucionalista de México (Libro Rojo)*, México, Ed. de la Com. Nal. para la Celebr. del Sesquicentenario de la Proclamación de la Ind. Nal. y del Cincuentenario de la Rev. Mex., 1960, pp. 210-214.
- (47) Párrafo casi textual de Esperanza Durán, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México 1914-1918*, México, El Colmex, 1985, p. 137.
- (48) Francisco R. Almada, *La Revolución en el estado de Chihuahua*, t. II. 1913-1921, México, INEHRM, 1965, pp. 318-320, y Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la Revolución constitucionalista*, 3ª época, México, INEHRM, 1986, p. 258-260.
- (49) Véase Berta Ulloa, “La lucha armada (1911-1920)”, en *Historia general de México*, t. 2, México, El Colmex, 2ª reimpr., 1988.
- (50) Alberto J. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen. 1910-1933*, México, Ed. Cultura, 1936, p. 231.
- (51) Friedrich Katz, *La guerra secreta en México. 1. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, trad. de Isabel Fraire, José Luis Hoyo y José Luis González, México, Ed. Era, 2ª ed., 1983, p. 351.
- (52) Gerardo Peláez Ramos, “La Expedición Punitiva. Estados Unidos contra Villa y contra México”, en los portales de APIA Virtual, Rebanadas de Realidad, La Haine, Rebelión, Alejandría Revolucionaria, La Unidad de Morelos, Partido de los Comunistas, Trabajadores (UOMVLT), Prensa Fondo (FCE), CENCOALT, La rebeldía de los inmigrantes, IBLNEWS y otros.